

María Palito llegó con sus billetes.

—¿No ha meado?

—Ni un chorrита.

Cris bebía esperanzada e imploraba a la Virgen el milagro. Tan sólo una gotita. No sabía de qué santa ilusionarse. Si por lo menos hubiera un San Orín.

A media noche Faustina lanzó un grito.

—¡Virgen Santa!

—¿Se murió?

—Nada de eso. Ya comenzó a orinar.

La buena nueva fue recibida con enorme alborozo.

Al principio habían sido sólo unas cuantas gotas, pero al fin y al cabo se abrieron las surgentes y aquello fue el diluvio universal.

—¡Un milagro!

—¡La Virgen!

—¡Mi oración!

—Nada de eso, carajo —gritó Faustina—. La curaron las barbas de Ladera.

Los orines empapaban las sábanas.

—Hay que trapear el piso. ¡Trabajen, coño! —bromeaba Chon Candela.

—¿Y tu ataúd, Hipólito? Ya nadie va a morirse, menos Cristobalina.

Y hacían chistes idiotas.

—Se salvó por un pelo.

—¿Qué pelo?

—El de las barbas.

## Un auténtico vicario del Señor

Bebiendo chicha fuerte en la cantina de Fífila, a Gancho Hermoso le encantaba narrar sus peripecias de cuando anduvo huyendo de los godos disfrazados de cura. Como por lo común los sacerdotes siempre eran españoles, los campesinos miraban con bastante recelo no sólo a tan robusto y estrafalario cura negro sino también a sus idénticos acólitos caucanos. Cambiaban, sin embargo, de actitud al enterarse de que eran profugos amén de liberales y amigos del recién fusilado guerrillero Victoriano Lorenzo. Cordialmente les daban de beber y comer; los alojaban y hasta los protegían de las milicias conservadoras que les seguían el rastro muy de cerca. Poca a poca la situación se les fue haciendo sumamente difícil pues los tenían acorralados. Las municiones se les habían ido agotando en los riesgosos encuentros y escaramuzas con los cachacos godos y las muy pocas balas que aún economizaban en las mochilas eran para cazar y alimentarse a campo traviesa pues cada vez les era más difícil aproximarse a los lugares avecindados.

—Nos perseguían como a animales acusándonos de robo en despoblado, de desertores, de rebeldes y de feroces criminales. Ya ni el Tratado del Wisconsin nos amparaba. Aun sin quererlo, teníamos que seguir de forajidos ya que la soldadesca nos buscaba con órdenes de tirar a matar. Afortunadamente llevábamos a cuestras hamacas robadas a mansalva, como asimismo sal, breva y tabaco. Yo tenía yesca, eslabón y pedernal que usaba para encender mi pipa y hacer fogata donde soasar lo que cazábamos: iguanas, monos y aun culebras, lo que cayera. La carne de un conejo recién cazado, asada en brasas, nos resultó exquisita. Después de habernos dado tan soberbio atracón junto a un río, reposábamos a la agradable sombra de unos árboles. Según costumbre, Bolo Cuchiipe sintió enseguida deseos de

deponer y como les temía a las culebras, en vez de irse a efectuar sus necesidades entre el monte prefirió acucillarse en la horqueta de un renegrido tronco situado a poca altura y exactamente sobre el agua. Se había quitado los calzones para que no se le mojaran y, descalzo, cagaba añingotado fumándose un cabito de calilla ambalema. De repente escuchamos el alarido. Yo alcancé a columbrar la cabezota y el largo hocico del caimán al hundirse enrojecido de sangre. De un solo tarascón le había arrancado los huevos y el badajo. Pobre Cuchiipe. Dio un salto, dando gritos, y cayó por el suelo revolcándose. Se desangró sin esperanzas de que pudiéramos salvarlo. Ni siquiera logramos darle cristiana sepultura. Casi identificado con mi papel de cura, le hice los rezos de rigor. Nos pareció imprudente abandonar el cadáver a la intemperie pues serviría de pista a los milicos y podrían acusarnos de criminales depravados. Si lo escondíamos en el monte, daba lo mismo. Darían con él por la hedentina o por la cuchipanda de los gallotes. ¿Por qué ser egoísta? Mejor era servírselo el almuerzo al lagarto. Ya se había deleitado con el sabor de los cojoñes y el hecho de haberlos preferido nos hizo suponer que era hembra o máuser. Sin más indecisiones, los restos de Cuchiipe fueron a dar al río. Sus deshechos y mugrosas calzones, empapados, nos sirvieron para borrar las huellas de la sangre y echamos a correr para ocultarnos de nuestro mismo llanto. Nos alejamos con la mayor premura hasta internarnos lo más que fue posible en la montaña. Cuando cayó la noche resolvimos colgar nuestras hamacas bien alto por miedo a las culebras, pero antes socolamos el sitio cortando buena parte de los arbustos más crecidos. Tal vez impresionado por la trágica muerte de Cuchiipe, mi único compañero, Gago Pinto, que era propenso a sufrir de pesadillas, estuvo hablada en sueños y lo escuché moverse como un endemoniado, pero al fin y al cabo yo, que estaba rendido de cansancio, me dormí como un justo. Con las primeras luces de la mañana me despertó un alegre comadreo de pericos. Busqué con la mirada al Gago Pinto. No estaba. Rápidamente eché un vistazo y al darme cuenta de lo que había pasado sentí un escalofrío. Salté al suelo de golpe. Los hilos de su hamaca sólo colgaban de uno de los árboles. La otra sogá, debido al jamaqueo, se había roto de cuajo causando la violenta caída de Gago Pinto desde una altura de tres metros sobre una estaca afiladísima que, desde luego lo atravesó de banda a banda. Tal vez le interceptó el corazón. Jamás sabemos predecir el destino ni precavernos de la muerte. No hallaría las palabras para expresar el miedo que me invadió porque de pronto me encontré solitario e indefenso. Cuando, con una diferencia de pocas horas, había muerto Cuchiipe, que era un buen compañero, yo anhelé en mi fuero íntimo que la suerte se hubiera producido a la inversa. El Gago Pinto no

era un hombre agradable, pues además de tartamudo padecía el mal de pinto de cuyas blancas manchas yo temía contagiarme. Sin embargo, frente al ensangrentado cadáver en posición grotesca, me sentí desolado. Enloquecido, me alejé dando tumbos, desorientado y poseído del pánico. Lo único que recuerdo es que traté de proteger mi sotana de los posibles desgarrones. No sé qué extraño instinto hizo que acaso me sintiera un auténtico vicario de Jesucristo. Mi hábito religioso seguiría protegiéndome pues mi misión era ayudar a los cholos contra los godos.

Tras caminar algunas horas sin rumbo fijo, me acerqué sudoroso a una quebrada. Al mismo tiempo que bebía sorbos de agua procuraba humedecerme la cara. Al refrescarme, recuperé la calma y ya tranquilo, sentí un hambre terrible. Como buen cazador, recordaba que a esa hora meridiana las palomas se acercarían sedientas. Me dispuse a esperarlas entre unos matorrales a pocos metros de la orilla, bajo un árbol, con la escopeta lista.

Oí de pronto la algarabía estridente de una bandada de pericos. ¡Malhaya! Por fortuna prosiguieron su vuelo. Entre el alegre trino de los pájaros distinguí el suave arrullo de las palomas. Seguí escuchándolo a intervalos hasta que de repente me alegró un alocado revoloteo inmediato. Por fin, de rama en rama, fue descendiendo una torcaza. Recelosa, se detenía a espulgarse. Ya la tenía en la mira de mi arma, pero aún me parecía muy distante. Se me hacía agua la boca sólo al pensar que, asada al fuego con su pizca de sal, sería un bocado que ni mandado a hacer para mi hambruna. Sin la menor malicia del peligro se colocó tan a portada de mano, que estuve casi a punto de apretar el gatillo cuando noté pisadas de alguien que se acercaba. ¿Sería un milico? Permanecí en acecho. No era oportuno disparar. A medida que el ruido iba aumentando, al aproximarse, la paloma, asustada, preparaba su vuelo que al fin alzó revoloteando. Quedé a la expectativa, en cuclillas, entre curioso y disgustado. Lo que por fin llegó no era un cachaco sino, para mi asombro, una real hembra. Total, el hambre sazona cualquier guiso. Bueno, me pareció atractiva. Joven, descalza y sudorosa, llevaba en la cabeza un gran atado de ropa para lavar. Se añingotó en la orilla y comenzó su faena. Imaginándose que nadie la veía, se alzó la ropa, tal vez para que no se le mojara, y se cubrió con ella la cabeza para ampararse de los rayos del sol dejando al aire sus caderas y el resto del equipo. Como quedó desnuda de la cintura para abajo, me di cuenta de que era una cholita hecha y derecha con buenas formas y curvas atractivas. Al huir por los montes, lo más grave no era a veces el hambre sino la falta de

mujeres. Ya es cosa bien sabida que hay diferentes tipos de gazuza. También varían las viandas según nuestra apetencia nos conduzca hacia el pecado de gula o al de lujuria. La vista de sus ancas apetecibles y el bochorno de la hora me excitaron de manera bestial. Yo, que estaba en cuclillas como he dicho, había tenido el cuidado de levantarme la sotana para que no se me cundiera de garrapatas, y al sentir la caricia de la brisa entre mis piernas desnudas, mí paloma quedó enseguida alerta. La mujer se movía mientras lavaba. Sus dos nalgas al aire me seguían excitando. Era como si adrede ella expusiera su bella mercancía al mejor postor. Me entró un loco deseo de masturbarme, pero pensé, carajo, que era un inútil despilfarro, pues frente a mí, al alcance de la mano se me ofrecía tan rica carne. Muy silenciosamente me fui aproximando, cauteloso para evitar que me sintiera. Como andaba descalzo, la hierba amortiguaba mis pasos. Cooperaban conmigo como cómplices, el rumor de las aguas, el chapoteo, los golpes del manduco y el ruido de las ramas mecidas por el viento. Con la sotana alzada, me coloqué tras ella, la así por las caderas y ¡zuápata! le hundí de golpe mi paloma pascual en su sacrario y ahondé hasta donde dice: el sexto no fornicar. Cogida de sorpresa, invocó al cielo. ¡Jesús, María y José! Sin embargo, al sopesar el calibre de mi hisopo, no hizo el menor esfuerzo por zafarse sino al contrario se quedó quietecita. Miró hacia atrás, vio mi sotana, y, muy sumisa, se persignó devotamente. Convencido de haberle hecho tilín, corrí un albur y, bien seguro de que no iba a cumplirle, le dije entre severo y amable «Si quieres, te la saco.» Repuso incontinente: «Si yo no digo nada, pero ni avisan.» Y empezó a zaranearse, toda llena de gracia, excitada por el sol meridiano y el alegre rumor de la quebrada. Oficiado el gran misterio genético, la chola, arrodillada ante mí, dijo contrita: «Bendito sea el Santísimo Sacramento del Altar.» Quería mi bendición y se la impuse devotamente. Después le dije que por ser cura liberal y amigo de Lorenzo los milicos me perseguían cruelmente. Prometió darme asilo y asistencia. Lo malo es que su mama era amiga del jefe militar. Tenía el oficio de conseguirle muchachitas. «Yo tengo una hija de trece años, y ella está encaprichada en entregársela. Ni Dios lo quiera. Sólo usted, señor cura, puede evitar que Chan Peralta se aproveche de esa niñita.» Muy cerca de su rancho había un jorón donde ellas guardaban el maíz. Subido allí quedé escondido durante varios días. Cuando la vieja se iba al pueblo, la chola y yo nos deleitábamos. Por orden de ella, la pequeña me llevaba comida y conversaba conmigo convencida de que yo era un enviado del Señor para librarla del diablo y de los malos espíritus. Se llamaba Adelaida; la chola, Engracia; la vieja, Sacramento. Una mañana, ya bien entrado el sol, llegó en su boguá Chan Peralta. Llamada por la abuela, la niñita se presentó

sumisa. «Mírela qué bonita que está mi nieta. Ya es una señorita y está en punto para que usted la goce. Sólo me tiene que avisar. Se la tendré bañadita. Con agua de florida la voy a perfumar para que huela sabroso. El sábado es la fiesta de San Juan y va a haber baile en casa de mi compadre Ulogio. Ya sé que usted anda siempre muy ajetreado. De todos modos, sepa que ya le tengo lista a la chiquilla para que se entretenga cuando quiera.» Como ambos se alejaron, no logré darme cuenta de lo que el militar pudo decirle. Por Engracia yo estaba ya enterado de que el rijoso Chan Peralta tenía a su haber, desperdigados por aquellos contornos, aproximadamente cuarenta hijos de los cuales jamás se preocupaba porque ninguno de ellos le importaba un comino. La noche de San Juan la vieja le permitió a la niña ir a la fiesta del compa Ulogio siempre y cuando que fuese con su mamá. Engracia me invitó a acompañarlas, de manera que apenas Sacramento se durmió nos escurrimos. Desde lejos, notamos que en la fiesta había milicos. Adelaida siguió solita al baile dispuesta a divertirse pues ya estaba en edad de darse gusto. Engracia y yo volvimos al jorón y, tras entretenernos un rato, nos dormimos. Al despertarme oí que la chiquilla lloraba bajo el jorón. Le pregunté por su mamá y la abuela. Me dijo que se habían ido al pueblo. Quise saber por qué lloraba. Me contó ingenuamente que la abuelita le permitió ir al baile advirtiéndole que si daba un mal paso podía perder lo que todas las niñas llevan entre las piernas y que se llama la honra. Le pregunté: «¿Y anoche la perdiste?» Me contestó: «Sí, Padre.» Me alegré en lo más íntimo imaginando que a Chan Peralta le habían jugado un chasco. «Te voy a dar la absolución y perdonarte —le dije—, pero, ante todo, quiero que te arrodilles y me confieses tu pecado. ¿Cómo ocurrió ese asunto?» Entristecida, me hizo la íntegra confidencia de su culpa. Se dejó convencer de unas amigas y bebió chicha fuerte en abundancia. Se le encendió la sangre, se puso alegre, bailó como una loca. Para colmo de males, imitando a las otras, saltó diversas veces sobre una gran fogata. Por levantar las piernas dio un mal paso y la honra se le cayó en el fuego. Viendo llorar a la chiquilla por temor al castigo, yo pensé que el Señor es justiciero, pues quería castigar a Chan Peralta y, desde luego, ni corto ni perezoso, le dije: «Sube al jorón, muchacha. Te voy a coloca una honra nueva. Va a dolerte como ciertos zapatos recién comprados que, por ser muy estrechos, sacan sangre. Acuéstate desnuda. Tienes que ser valiente. Pórtate bien. No aces la voz ni chilles. Si te duele, te aguantas como un hombre. Bueno, ya estoy como lo manda la Santa Madre Iglesia. ¡Qué tetitas preciosas! Dan ganas de morderlas. **Ave gratia plena dominus tecum.** ¡Zas! ¡Ay, mamacita! Ya te metí la honra en su sitio. Déjame ahondar para afirmarla. Puedes estar segura pues ahora la he colocado de tal modo, que ni de a

vaina la vuelves a perder. Duérmete suave. Pobre, no te levantes. Quédate reposando para que la honra quede bien pegadita y no vuelva a desprenderse. Cuando despiertes, serás una mujer hecha y derecha. Apenas la noté dormidita, cogí mis bártulos, eché a andar por el monte, y si te vi no me acuerdo. Mejor era alejarme por si la vieja quería venderme a los cachacos. De todos modos, Chan Peralta, furioso, me persiguió en redada, acorralándome, y en una escaramuza me hirieron en la mano derecha.» Logré escapar, pero la herida se gangrenó. Débil, calenturiento y sin sentido, me apresaron al fin. Hasta gusanos tenía en la herida. Me amputaron el brazo, me echaron varios años de cárcel y, a falta de mi mano derecha, me pusieron un garfio. Fue el Ñopo quien al verme me llamó Gancho Hermoso. Recordó que, de chico, yo trabajé en la tienda de su tata, que era también gallego. Para él, yo era el sirviente, el peón, el mozo. Me decía Juancho er mozo. Como yo era bastardo, fue el primer apellido que tuve. Por eso, durante mucho tiempo, me siguieron llamando Juancho Hermoso.

—Tú eres un mentiroso, Juan Durgel —dijo Fífila—. No creo ni pizca de eso que acabas de contarnos.

## VI

### Nupcias de Pipe y la burra

En efecto, sí había gato encerrado en lo del duende como supuso Chon Candela. A ese respecto, Pipe no las tenía todas consigo. Barlovento ofrecía sitios umbrosos por los que él deambulaba con frecuencia. A veces, al pastorear las cabras, pasaba por los lares de Balbina y le agradaba molestar a Mimila que, acaso por ser muda, se mostraba montaraz y esquiva.

—Felipe fue maligno desde pequeño —decía Balbina—. Tiene el diablo en el cuerpo.

Una vez vio a Mimila en la quebrada mientras ésta se bañaba desnuda. Quiso hacer de las suyas, y la tórtola quedó traumatizada. Desde entonces Mimila lo rehufía como quien ve a Lucifer. La visión de su cuerpo, ya en agraz, quedó grabada en la mente febril de Juan Felipe, sobre todo porque Mimila siempre andaba descalza y apenas se cubría con una blusa, tan corta y tan delgada, que dejaba entrever sus senos duros y hacía notar la ausencia de ropas interiores. Era un bocado a la medida de un diestro cazador.

Felipe lo era, y no perdía por eso la menor ocasión de merodear por los lados de Barlovento para acechar la presa sobre todo cuando Balbina estaba ausente. Lo malo para él consistía en que Mimila tenía olfato de liebre y oídos de gacela. Siempre sabía husmear el peligro.

Por lo común Balbina siempre iba a las novenas por las noches. Mimila se quedaba. Junto a la casa, como ángel de la guarda, rondaba el negro y fiero Barrabás que, haciendo caso omiso de caricias, conocía sus deberes y sabía que su oficio era impedir que Felipe se saliera con un domingo siete.



Pelusa, que aún vivía en la casona, estaba en celo. Nadie mejor que Felipe lo sabía. Por eso se la llevó una noche consigo. La puso en relación con Barrabás y encauzó el negociado hasta que el «doberman» se dio por enterado de los encantos y atributos caninos de Pelusa.

Conseguido el propósito, Felipe comprendió que la cínica coyunda lo había excitado de manera violenta. ¿Cómo aliviarse de aquel lúbrico antojo? Mimila, tímida como era, no iba a salir de casa sólo por complacerlo. Sobre todo porque, dándose cuenta de que él estaba allí, se había encerrado contra viento y marea. En ese instante se le acercó sumisa la borrica como enviada por milagro de Dios para cumplir una misión evangélica. Felipe comprendió el divino aviso y, obedeciendo devotamente aquel mandato, dejó a la borriquita llena de gracia como el Ave María.

Convencido de que aquello era bueno, Felipe regresó noche tras noche aun negoció la ganga pues llevó a sus compinches; los dejaba montar y avaramente les cobraba peaje por riguroso turno.

Aquel tráfico duró a pedir de boca hasta el instante en que Mimila, quirologando con la abuela, o sea, hablándole con el mudo lenguaje de sus manos, logró hacer que Balbina se pusiera al corriente del escándalo.

Balbina consultó con Papa Chente quien, furibundo y en funciones de juez, llamó a Cairote y a Cucho para que les sirvieran de testigos.

Equipados con sendas linternas sordas, los celosos custodios de la ley en compañía de Balbina se apostaron debidamente ocultos cerca del sitio en que, atada del cabestro, la jumenta ramoneaba apaciblemente.

Esperaron allí, quedos, sin chistar, pues Papa Chente les dijo:

—No es bueno apresurarse. Dejemos que entren en acción. Quiero pescar al pez más gordo, que puede ser Marino, porque ése pagará más dividendos.

Chillidos de murciélagos. Croar de sapos. Zumbidos de jejenes.

Se oyó un rumor de gente.

—Ya llegan los adúlteros —dijo Balbina.

Les dejaron solazarse a su gusto.

En el momento en que el juez dio la señal, se hizo la luz y el cuadro iluminado fue de sorpresa y confusión.

—¡Quietos ahí! —dijo Cairote—. Nadie escape o dispare.

Quien estaba en acción era Felipe. Los que esperaban turno o habían actuado eran Marino, Zósimo Chen, el Mogo Tin, Mingo Segura, y asustadísimo, Betín. Se les veía aterrados y se recriminaban entre ellos. Viste, Chompipe, hijo de puta. La culpa es tuya. ¡Qué vergüenza!

Vicente Barcia habría deseado que quien cayera en el garlito fuese alguien de familia acomodada como Marino, Zósimo o Betín. De todos modos, los citó a todos para que al día siguiente se presentaran con algún familiar en la Alcaldía. Los hizo acompañar a sus respectivas casas por Cairote, recomendando que éste y Cucho hicieran las citaciones respectivas como testigos presenciales del delito. Él resolvió quedarse acompañando a Balbina para tramar con ella el adecuado procedimiento.

—Óyeme bien, Balbina —le dijo— todos ellos son responsables por haber sido cómplices. Pide quinientos pesos por daños y perjuicios. El Ñopo Juan, el chino Chen y Nino Olaya pueden pagar a escote ese dinero, que nos dividiremos a la buena de Dios **fifty fifty**.

Sin ser muy grande, el edificio de la Alcaldía alojaba las demás dependencias oficiales y la cárcel.

Balbina llevó consigo a la borrica.

Nino Olaya, el Alcalde, llegó con el gallego y el chino Chen.

—El juez Barcia me la tiene velada —dijo Chinino.

Atraídos por la inusual novedad varios curiosos hicieron acto de presencia. También estaban los sindicatos y los testigos.

—¿Estamos todos? —preguntó Papa Chente.

Cairote contestó:

—Cantalavara, papá de Mingo, está borracho. Duerme la mona. Talingo trabaja hoy con la gringa, y ella no lo dejó venir.

—Procedamos.

Papa Chente presentó la demanda. Cairote y Cucho atestiguaron haberse hallado en el lugar de los hechos mientras Felipe cometía el delito de acuerdo con sus cómplices.

Chon Candela llegó como un turbión.

—Betín, ¿qué haces aquí? ¡Vete a tu casa!

Fue en ese instante cuando Ñopo se dio cuenta de que su hijo se hallaba entre los reos, y en lugar de afanarse se sintió eufórico. Betín se había ocultado tras los otros para evitar ser visto por el Ñopo, quien, acercándose a Concepción Candalaria, le dijo:

—Me alegro de que mi hijo sea todo un hombre.

Chon Candela, maligna, le bajó el **happy**.

No cantes gloria antes de tiempo. Betín me confesó esta mañana que, por culpa de su moco de pavo, no mojó. Sin embargo, no debes olvidar que es un chiquillo terriblemente tímido. Seguramente se asustó por la oscuridad de la noche, el croar de las ranas, los agudos chillidos de los murciélagos y la presencia de los otros muchachos; pero no te preocupes, cuando era niño yo lo dormía en la hamaca por las noches y me di cuenta de que siempre tenía el bimbín erecto. Es hombre de atributos normales y de buen porte.

Papa Chente sonó la campanilla.

—¡Silencio, por favor!

—Antes de nada, señor juez, suelte a Betín —dijo Chon—. Es una infamia tener aquí a ese niño.

—Ya no es tan niño —dictaminó el juez Barcia.

—Mejor es que se quede —dijo el Ñopo.

Chon Candela, aproximándose a este último le susurró al oído:

—Lo hice para salvar a Betín. Tú haz lo mismo con Pipe, de lo contrario, ya sabes, nopsis.

Debidamente aleccionada por Papa Chente, Balbina hizo la acusación formal. Dijo que su burrita era doncella. Todos sabían que la misión sagrada de esa jumenta era la de llevar sobre su lomo a Jesús cada Domingo de Ramos. Ahora la habían perjudicado y el violador estaba allí presente. Era Felipe. En consecuencia solicitaba que Pipe se casara con la borrica por lo civil y aun por la iglesia.

Los que estaban presentes se echaron a reír. Llamándolos al orden, Papa Chente calmó los ánimos y preguntó a las partes si deseaban contraer

matrimonio. Si el acusado se negaba dictaría la sentencia que era cárcel o multa.

Chon Candela vociferó insultando a todo el mundo y diciendo que aquello era una burda patraña.

—Tú cierra la atarraya —le dijo el Nopo, y añadió con solemne desparpajo—: Por mi parte, yo opino que Felipe es tan bestia como la burra. Los dos son animales. Ergo, pueden casarse.

Para evitar que Chon Candela siguiera alborotando, Papa Chente le preguntó a Balbina cuánto pedía por daños y perjuicios. Y como ella transó por quinientos pesos, propuso que esa suma la pagaran a escote los familiares puesto que tan culpable era Felipe como sus cómplices.

El Ñopo se mostraba remiso. Chon Candela amenazó con negársele.

—¿Quieres callarte, burra?

—No olviden —agregó Papa Chente— que Balbina no tendrá más remedio que conseguir cuanto antes otra acémila debido a que ésta está prostituida. Dejo la multa en pie. Cierro el caso, pero Felipe queda condenado a socolar la maleza de Balbina hasta dejarle limpio todo el solar.

La misma noche el Ñopo, con la pérfida cooperación de Cairote casi desuella vivo el pobre Pipe con su chirrión de cuero de tres puntas.

Ayudada por Cándida y Dalila, Chon le aplicó a Felipe paños de árnica que ardían más que el carajo, pero al fin y al cabo quien aplicaba las compresas suavizaba el castigo y lo volvía apetecible.

Pensó: De todos modos debo vengarme de la burra por haber pretendido ser mi esposa. También he de fregar tanto al gallego como a Cairrote. Será cuestión de hallar la fórmula coño.

## VII

### El tesoro escondido

Recién vuelta de Haití con Goyo y Débora que aún estaban pequeños, Faustina tuvo otra de sus pesadillas premonitorias, la cual acrecentó su manía por los tesoros ocultos. Papá Durgel, en sueños, le había indicado el sitio donde estaba enterrada una botija.

Fífila se reía de la hermana. Decía que aquellas cosas no pasaban de ser las sempiternas fantasías de Faustina.

En cambio, Juan Durgel, aventurero, dijo que nada se perdía con probar.

Una noche emprendieron la expedición.

Fífila se negó a participar.

Equipados con pico y pala, Juan Durgel y Faustina se encaminaron loma arriba con Goyo y Débora, procurando que nadie los notara.

Debían andar a tiendas entre malezas hasta alcanzar la cresta de Barlovento, descender por un camino escabroso y avanzar por la ruta de los acantilados hasta llegar casi a la espalda de la isla.

Juan Durgel alumbraba con su lámpara de cazar venados, pero como él iba adelante, Faustina y los dos niños avanzaban a oscuras.

Débora y Goyo comenzaron a arrepentirse de haber ido, pues los ruidos nocturnos les infundían terror.

Faustina supo localizar el sitio exacto según los datos que le impartió el difunto.

Juan Durgel ignoraba que aquella era una antigua propiedad cuyos títulos trascendían a la época colonial. El Ñopo Juan, que acababa de adquirirla, había pagado por ella una bicoca.

Después de un afanoso trabajo a pico y pala, alumbrado por Faustina, Juan Durgel, sudoroso, comenzó a impacientarse. Para colmo males, Faustina lo obligó a hacer el hueco en una trocha recién trazada por el Ñopo. Al ver aquello, vislumbraría el secreto y por su cuenta daría con el tesoro. ¡ Maldita suerte! La única solución era seguir excavando, pero el viento anunciaba tempestad, y los niños, asustados, lloraban a pesar de los afables esfuerzos que hacía Faustina por calmarlos.

Se hallaban junto a un sitio de la costa en que el mar, al quedar prisionero entre enormes rocas, rugía furiosamente.

—Será peor si hacen ruido. Mejor cállense —musitaba Faustina.

El vendaval se hizo anunciar con goterones que golpeaban sobre las hojas con ruido extraño. También tamborileaban sobre una lámina de zinc que arrastró Juan Durgel con el propósito de tapar el hueco. La lluvia iba arreciando de modo tempestuoso con fuertes vientos, truenos y relámpagos.

Los niños, aterrados, comenzaron a aullar. Entre los gritos de ellos, la algarabía del mar y los rugidos del viento se organizó tan infernal sinfonía, que Juan Durgel tapó de modo provisional el hoyo y, echando mil carajos, resolvió regresar.

Rogando a Santa Bárbara, Faustina se preparaba a hacer ensalmos contra las tempestades, pero ya Juan Durgel seguía adelante hecho una furia y ella, acosada por los niños, no tuvo más remedio que emprender a su vez la retirada dejando a medio palo sus rezos.

Llegaron a la fonda empapados.

Faustina tuvo que friccionar a los niños con agua de Florida para que no se constiparan.

Juan Durgel, de mal genio, se dio a empinar el codo mientras su hermana Fifila se reía de lo lindo.

—¡Cállate, coño! Son capaces de oírte e ir mañana a excavar.

Fifila estaba segurísima de que aquella aventura había sido inútil. Locuras de Faustina, chifladuras, ganas de que se enfermen los chiquillos por estar inventando pendejadas.

Después de una estruendosa noche de tempestad, el cielo amaneció serenísimo y el sol brilló desde temprano.

Avisado tal vez por el instinto o por algún pajarito, el Ñopo Juan, al alborear, fue a revisar sus sementeras y ver qué tal estrago habían causado las lluvias.

En el rellano de la trocha notó la hoja de zinc que, acaso movida por el viento, dejaba al descubierto el enorme hoyo.

La espaciosa tronera y el barro acumulado a ambos lados le hicieron suponer que aquel trabajo no se debía al chubasco sino a determinada mano de obra.

El derrumbe de tierra causado por las aguas permitía ver en uno de los costados de la ancha brecha, un diminuto cántaro de terracota. Al hacer un esfuerzo para tratar de desprenderlo, se partió. Estaba lleno de morrocotas de oro de las cuales cayeron muchas sobre el blanduzco barro de la hoyo. Las recogió con gran premura; echó en su chácara el total contenido de la vasija; miró hacia todos lados y, acariciando avaramente su portentoso hallazgo, se apartó buena legua y sepultó su tesoro bien lejos de aquel sitio.

Con el pretexto de evitar un resfriado, Juan Durgel había bebido bastante y, tras dormir una mona de varios pisos, no tuvo más remedio que despertarse, pues Faustina lo jamaqueaba recordándole que debían ir temprano a continuar la afanosa búsqueda del entierro. Lo hizo a regañadientes, pero más fuerte que su goma era su avaricia. Quién quita que el asunto resulte, pero, eso sí, nada de niños. Sólo Faustina y él.

— Pierde cuidado —dijo la hermana—. Goyo y Débora están más que dormidos.

Ya en camino hacia el sitio, cuando muy poco les faltaba para llegar, se toparon de pronto con el Ñopo que, de regreso, los saludó sonriente y muy cordial.

Al alejarse del gallego, Juan Durgel dijo colérico entre dientes:

—¡Coño, presiento que éste nos ha jugado una bajeza!

En efecto, sólo hallaron los trozos de la tinaja y el claro rastro de las huellas que en el barro dejaron las monedas caldas. Faustina logró dar con una de ellas incrustada en el fango.

La finca era del Ñopo. No podían reclamarle ni acusarlo de robo. Mejor era dejar las cosas en buena paz.

Nada debía turbar la íntima enemistad acomodaticia que los ligaba.

Faustina, sin embargo, se la juró al gallego hijo de puta.